

# EL AMIGO DEL OBRERO

ANEXO AL NÚMERO 67

## OBSEQUIO MENSUAL Á SUS FAVORECEDORES

Montevideo, Abril 1º de 1900

### LA PRIMOGÉNITA

Marta y Cecilia, sentadas las dos en su cuarto del último piso, alrededor de la mesa de trabajo, arreglaban lo mejor que podían las cintas y los encajes con los cuales adornaban sombreros de señoras. Era un contraste extraño ver estos objetos de una fina elegancia salir de las manos hábiles de estas dos obreras, que en su porte modesto reflejaban la vida, sencilla y laboriosa; y sin embargo cuánto mejor hubieran estado las gorras que confeccionaban sobre las encantadoras cabezas de las dos hermanas, que sobre aquellas que estaban destinadas á llevarlas! Ninguna de ellas seguramente abrigarían frentes más puras y más castas; ojos más claros y más brillantes, de franca y sana juventud, rostros más dulces en los cuales se traslucían las más inocentes almas.

Cecilia tenía diez y ocho años; era una jóven con todas las gracias, con el brillo de una fresca flor apenas entreabierta, los labios sin cesar abiertos para la risa ó para el canto, viva, arrogante, llena de vida.

Marta era más seria y más reposada, no menos linda que su hermana pero de una belleza más severa. Su sonrisa, frecuente también, ante las ocurrencias todavía infantiles de Cecilia, conservaba siempre algo de calma y reflexión. Se comprendía en su actitud no solamente que era superior en edad —tenía cinco años más que su hermana— sino también una autoridad atenta, protectora, llena de ternura. A menudo sus ojos reposaban sobre la encantadora cabeza rubia de Cecilia: entonces pasaba por ellos como un reflejo de amor maternal, y a veces sus dedos, se paraban en su trabajo, se adivinaba que su pensamiento se detenía en un sueño ó en una oración del que su hermana era el objeto.

— En qué piensas hermana? decía ésta interrumpiendo su canción.

En tí, respondía Marta, mirándola tiernamente.

Y era invariablemente cierto. Cecilia tomando este pretesto dejaba su trabajo, doba la vuelta alrededor de la mesa y acercándose á su hermana, mimosa y emocionada exclamaba con su voz musical:

Cinco minutos de descanso! Dame un beso, hermanita!

— Marta y Cecilia eran dos huérfanas. En su niñez habían tenido comodidades. Más tarde, después de la muerte del padre, su situación se había reducido y tenían que vivir con la pobre pensión que le pasaban á la viuda. La señora de Langlé había cumplido valerosamente su misión y educando dignamente á sus hijas, piadosa y prácticamente, comprendiendo que era necesario hacerlas otras, que tendrían que buscarse su modo de vivir si ella les faltaba. Esta sabia previsión maternal bien pronto se vió realizada. Cuando Marta iba á cumplir los veinte años murió la madre. En los últimos momentos la llamó al lado de su cama con una voz que ya no era más que un suspiro, hizo á su hija primogénita sus últimas recomendaciones.

Eres tú quien va á remplazarme al lado de tu hermano, balleceó ella. Yo sé todo lo que tú vales, y es lo que mitiga mi dolor al dejarlos, por eso estoy segura



que continuarás mi obra al lado de Cecilia. Amala mucho, protégela, dirígela. Es tan joven, pobre, querida!

Yo le daré mi vida respondió Marta entre sollozos. Lo juro por Cristo que está ahí. Todo por ella!

Gracias, mi querida hija; muero tranquila, gracias a tí.

Y después, ni un solo día faltó Marta a esta promesa sagrada.

Nunca una verdadera madre, fué para su hija más abnegada, más tiernamente solícita que Marta lo fué para su joven hermana.

Marta estaba empleada en una importante casa de modas. Era apreciada como obrera poco común y querida de todos por sus visibles cualidades. Obtuvo fácilmente trabajo para trabajar en su casa y se encargó ella misma de enseñarle a Cecilia, no queriendo exponerla a malas compañías. La discípula igualó pronto a la maestra. Tanta dedo de hilo y se desempeñaba con un gusto perfecto y una agilidad sorprendente en los trabajos más delicados.

Las dos hermanas vivieron así tres años, alegres, respetadas por aquellos pocos que las conocían: modelos de valor, de honestidad y también de piedad, pues era de ahí que una y otra tomaban las verdaderas fuerzas.

Tenían por vecinos e íntimos amigos a dos houradas y dignas personas; el señor y la señora Bonin. El padre era contra-maestro en una importante fábrica, la madre trabajaba en su casa en ropas para una casa de confecciones. A menudo durante el día las dos jóvenes se reunían a su vecina y cada una hacia su trabajo conversando. La señora Bonin era una mujer buena, un poco conversadora tal vez, pero jamás para hablar del prójimo. El domingo de mañana iban a misa juntas, durante el día se reunían para dar un gran paseo, algunas veces fuera de París, y a la vuelta comían reunidas.

En todas estas reuniones, había un nombre que pronunciaban sin cesar el señor y la señora Bonin: Carlos su hijo! Cuando abordaban a este capítulo, lo cual hacían con frecuencia, eran incansables. Carlos estaba lejos, muy lejos, en el Canadá donde representaba una importante casa de pieles de París. Hacía cuatro años que se había ausentado. Pero los padres esperaban que volvería para verlos en uno de esos días. Que alegría entonces! Era tan bueno, tan trabajador, decía el padre, y tan benito agregaba la madre con orgullo.

Marta y Cecilia conocían a Carlos como si se hubiesen criado con él! Hablaban de él como de un pariente querido. Sabían de memoria las historias de su infancia para las cuales la señora Bonin era muy pródiga. Lo habían seguido cuando joven en sus principios comerciales. Y se interesaban en su creciente éxito: les sucedía, que algunos veces conversando con la madre, le llamaban Carlos, como si fuese un amigo. Su rostro mismo, les era familiar por las numerosas fotografías que adornaban el aposento de los Bonin.

Un día, encontraron al padre y a la madre con una fisonomía extraña, singularmente alegre. Por discreción no hicieron ninguna pregunta; pero dos semanas después, cuando ellas fueron a llamar, el domingo de mañana, a la puerta de su vecina antes de ir a misa, encontraron un joven de 27 a 28 años, con el rostro moreno por el clima de América, de fisonomía despejada y franca, y las dos a una voz exclamaron:

—El señor Carlos!

Desde entonces hubo un invitado más en las reuniones de las vecinas, y pronto Marta se volvió, pensativa, inquieta, turbada, y comprendió que por tierno que sea el amor fraternal no es suficiente a un corazón de 23 años. Y después de todo, porque la esperanza que abrigaba su corazón no se realizaría? En uno o dos años después que ella le hubiese encontrado un buen partido para Cecilia, (y ella tenía uno en vista) no podría ella también asegurar su vida?

Su sueño duró seis meses; a pesar de todo, Cecilia misma, la pequeña traviesa no advinó nada. Solo Dios conocía las confidencias de Marta.

Marta, dijo una mañana Cecilia, tengo que hacerte una pregunta. Ya voy a cumplir los 19 años; y tú no piensas en casarme?

Sí, mi querida, pienso y muy seriamente.

Y yo también... Y te voy a confessar que ya he hecho la elección.

Vea Vd. como lo había callado! Y se puede saber quién es el feliz mortal?

Oh estoy bien segura que no harás ninguna objeción... Carlos Bonin.

Es en efecto una elección perfecta, respondió Marta con voz firme.

Cecilia no se fijó ni en la palidez de la primogénita, ni que su trabajo se le cayó de las manos. Descubierto el obstáculo las confidencias se sucedieron.

Desde que tenía el secreto, Cecilia sufría no consintiéndole a su hermana, y se incomodaba de su silencio. Contó como empezó su cariño, desde el primer día que vio a Carlos. Hizo un cuadro entusiasta, y superfluo ahí de todas sus cualidades, y sonrojándose un poco, confesó que ella creía no serle indiferente.

Marta, concluyó diciendo, tú que eres tan buena, tú podrías... hábilmente... así... sin tener el aire... sondear a la señora Bonin sobre esto punto.

Si la causa tenía necesidad de ser planteada Marta la abogó tan bien que el casamiento tuvo lugar seis semanas después. A la noche, en su pequeño cuarto, solitario, Marta arrodillada delante del retrato de su madre dijo a la querida imagen:

He cumplido bien mi promesa querida madre? Todo por nuestra hija!

S. BOUCHERIT.

## VANIDAD

Sin duda hay apellidos más elegantes, más retumbantes y más eufónicos que el apellido Patouillard. Pero todo el mundo no puede llamarse Montmorensy, y vale más llamarse Patouillard y ser un hombre honrado y estimado por los que lo conocen, que ser y pasar por un bribón, llevando un nombre pomposo. Esto era lo que no quería entender el señor Aristides Patouillard, antiguo negociante retirado, que, sentado al lado del fuego en su salón, de mal gusto, pero muy rico, parecía, revolviendo los tizones con las tenazas, abrigar pensamientos muy sombríos.

Triste condición humana, jamás conforme con su suerte! Aristides Patouillard tenía todo lo que se necesita para ser feliz: una fortuna muy considerable ganada con la más escrupulosa honradez, la consideración pública, una salud de hierro, y una mujer que en los veinte y cinco años que pronto se cumplían de matrimonio, le profesaba una afición que jamás fué turbada.

Y sin embargo Aristides suspiraba, y se lamentaba porque se llamaba Patouillard. Su nombre era para él una continua pesadilla. Envenenaba todas sus alegrías y tristeza su existencia. Mientras había estado en los negocios, no se había preocupado mucho por la atención en sus quehaceres comerciales; después, siendo el comisionista principal de una de las más importantes fábricas de sederías, nunca se llamó Patouillard, sino el representante de la casa de X...

Pero Toy, rentista, propietario de una pequeña población en las afueras de París, había tenido necesidad de volver a tomar su apellido. Pero una ambición secreta lo consumía, una obsesión de tener un título, este era su deseo ridículo a que la vanidad lo arrastraba.

Un día, Aristides, leyó en la cuarta página de un diario un anuncio en estos términos: «Títulos de nobezos extranjeros. Decoraciones de todos los países. Solución pronta y segura, dirigirse al señor Robert de Hautoupet, calle de los Capuchinos número 27». Se fué de un salto a casa del señor Hautoupet, que lo recibió muy bien, lo colmó de cumplimientos y le prometió que antes de un mes le mandaría un nombramiento en buena y debida forma otorgándole el título de conde o de baron. No le pidió más que 500 francos, el valor del nombramiento debía ser pago cuando se entregara.

Aristides entró a su casa loco de alegría y quería que su mujer participara de su entusiasmo. Pero la señora de Patouillard era más tranquila y le observó con timidez que tal vez eso les costara muy caro.

—Que importa! Somos ricos... y tú serás, condesa o por lo menos baronesa... estarás orgullosa.

Poco a poco, el entusiasmo subía a la cabeza de la señora Patouillard. Acostumbrada a no ver más que por los ojos de su marido, podría pasar sin alegrarse de un acontecimiento que lo hacía tan feliz? Los dos se dejaron arrastrar por la vanidad:

À la tarde se podía ver al futuro conde ensayando un modo de caminar más elegante, su señora lo miraba con aire satisfecho.

Los cosas marchaban admirablemente. El señor Houtoupet le daba muy buenas noticias, y de cuando en cuando les mandaba pedir cien ó doscientos francos: esto no les parecía nada á los esposos Patouillard al lado de las esperanzas que abrigaban. Un dia el señor Houtoupet le dijo á Aristides que iba á ser nombrado conde de San Carlos por el Gobierno de San Martín. El valor del nombramiento era de veinte mil francos. La suya era respetable y fué necesario adularlo mucho al antiguo comisionista. Pero bahl! por ser conde y no llamarlo más Patouillard, que sacrificio no harían?

— No piensas tú, condesa; que debriámos celebrar mi elevación y nuestro cambio de nombre con una gran fiesta que ofreceríamos á nuestros principales amigos?

— Es una idea excelente, conde, y yo pensaba lo mismo.

Invitaremos á el señor Legendre, á la señora Bussez y su hija; al señor Mathias y á los dos hijos.

— Y la señora de Bellecour no se nos vaya á olvidar, ni los de Chopin, ni los Dajou.

— Ni Ernesto Lucas y su abuela.

— Sabes que esto va á ser un mundo. Nuestro comedor es pequeño.

— Sabes lo que se puede hacer? Daremos la fiesta en nuestra quinta en Choisy

— Quinta! quinta! Ahora es preciso llamarla castillo..... Le haré hacer unas torrecillas para que sea más aristocrática.

— Perfectamente! Si el comedor ahí también nos parece chico, se volteará el tabique que lo separa de la sala de billar.

— Eres la misma sabiduría.... Vamos pues á Choisy para ver las reparaciones que es necesario hacer.

Les pareció muy poca cosa lo que tenian que arreglar para poner la casa digna de la fiesta que preparaban. Tenían que cambiar el papel de las dos piezas que iban á reunir lo cual era un disparate. Después de pensar un poco, se decidieron comprar un juego nuevo de roblo para el comedor. Una vez puesto se fijaron que los muebles del salón quedaban muy mal al lado de estos que brillaban. Pusieron de nuevo los muebles del salón, tapizados de damasco amarillo, que resplandecía como el oro. La lámpara modesta fué desterrada al granero, dejando lugar á una soberbia araña con caideles de cristal. Los sencillos adornos de cobre de la estufa, fueron sustituidos por broncees de arte; después la señora de Patouillard tuvo el capricho de alargar el salón por un invernáculo; para hacerlo tenían que sacar una pared, cuyo aréglo, hecho con apuro costó muy caro y perjudicó las estufas que era imposible prenderlas; el jardín fué hecho en un momento, pero ocasionando muchos gastos. Un buen dia el señor Patouillard, haciendo sus cuentas, vió que su futuro título le costaba ya más de 50.000 francos, comprendido el nombramiento.

El pesar que experimentó desapareció pronto con una alegría inmensa. Recibió su nombramiento, bien marcado, sellado, legalizado, por el cual el gobierno de San Martín, le concedía el título de conde de San Carlos. Pronto se colocaron coronas en los balcones, coronas bordadas en la ropa, coronas grabadas en los cristales, coronas por todo.

La señora de Patouillard cambió toda su ropa, para que á ninguno de los objetos de su uso le fuese á faltar el emblema de su dignidad, y la nueva condesa se hizo hacer tres corsés, uno amarillo, otro rosa y otro negro, llevando el símbolo de su título. Las invitaciones fueron repartidas, y el antiguo comisionista fué á pedir á todos los diarios un aviso diciendo que por razón á los servicios prestados por él el gobierno de San Martín acababa de nombrar al señor Patouillard (esta era la última vez que se servía de este nombre odioso) conde de San Carlos.

El dia de la fiesta llegó al fin. La mesa estabí á cargo del primer confitero de París, y ya estaba preparada en la cocina, cuando el nuevo portero recibió dos cartas. Una de ellas traía esta extraña dirección: «Señor conde de San Carlos, nombrado Patouillard.» Una de las cartas era poniéndolo en ridículo al señor Patouillard y otra era más seria; decía así:

«Señor, habiendo leído en los diarios que está Vd. dispuesto á llamarse conde de San Carlos por yo no sé que decreto, tengo el honor de hacerle conocer que este título y este nombre siendo el de mis antepasados hace más de cuatro cientos años y el mío hoy, no puede Vd. de ningún modo apropiárselo. Si este amable aviso no le basta mandaré una demanda en justicia como el caso lo requiere si Vd. hace el menor uso de mi nombre. Firmado: el conde de San Carlos.

El señor Patouillard quiso quejarse. Abogados y procuradores lo hicieron ver cloro como el dia que perdería el pleito, sin contar con los gastos y el papel ridículo que hacía. Fué á ver al señor Houtoupet que le declaró haberse comprometido en hacerle tener el nombre pero no usarlo. Furioso, tuvo varias escenas con su mujer, que se puso también muy nerviosa. Sus amigos dispersos burlándose de él, su fortuna se había quebrantado, su casa revuelta y llena de coronas que era preciso borrar, y á más la obligación de llamarse Patouillard, ved ahí lo que costó á Aristides una crisis de vanidad.

S. BAUCHERIT.

## HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN

(Los beneficios deben sembrarse siempre en cualquier terreno; no importa que sea ingrato, por que la semilla es divina y fructifica siempre.)

Hace unos cuarenta años, que al pasar un rico banquero madrileño por una pequeña aldea de la Mancha oyó los desesperados lamentos de unos ancianos, marido y mujer, que, á la puerta de su miserable choza, lloraban amargamente, pretendiendo aunque en vano, consolarlos casi todos los habitantes de la aldea que se agrupaban á su alrededor.

— Qué sucede aquí? preguntó con interés, mandando detener el coche en que iba.  
— ¡Ah! buen señor, una desgracia horrible, contestó una apergaminada viejecilla, acercándose al opulento caballero.

— Por qué lloran esos ancianos?

— Porque su hijo Blás ha salido soldado y no tienen más amparo que él para sostenerse toda la familia. Su pobre padre enfermo hace muchos años, no puede trabajar, y el hermano mayor es un perdido, un vagabundo que por no sujetarse prefiere ir pidiendo limosna de pueblo en pueblo. ¡Pobres gentes! ¡se van á morir de pena! dijo la viejecilla, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal.

El caballero se apeó del coche, y apartando á la multitud que le obstruía el paso entró en la miserable casucha, arrastrando tras de sí á Blás, que mío y cabizbajo, se apoyaba en el quicio de la puerta.

— Es Vd. el único amparo de sus ancianos padres? le preguntó.

— Si señor; con mi trabajo sostengo á ellos y á mis pequeños hermanitos; si les falto ¡infelices! ¡se morirán de hambre! dijo el pobre muchacho tan commovido, que tuvo que apoyarse en una mesa para no caer.

— Bien; Vd. es honrado y trabajador, y yo me complazco en proteger á todo el que lo merece, por lo tanto, aquí en esta bolsa tiene Vd. ocho mil reales para que puedan comprarle un sustituto.

Blás estupefacto, trémulo de emoción, se quedó mirando al caballero, sin poderse dar cuenta de la impensada fortuna que se le entraña de rondon por la puerta de su casa.

El banquero no pudo menos de reírse al ver la grotesca facha del pobre muchacho, que con la bolsa en la mano y con la boca abierta no acertaba á pronunciar ni una palabra.

— ¡Ea! adios, le dijo, tocándole en el hombro, si algun dia necesitas de mí, aquí tienes una tarjeta con mi nombre y las señas de mi casa en Madrid.

El caballero salió del cuarto y salió de la villa sin que Blás hubiera vuelto de su asombro, hasta que su madre, curiosa como todas las viejas de la aldea, deseando saber lo que le había dicho el caballero, entró á preguntárselo.

— Yo no sé, madre, lo que me ha dicho; solo sé que ya no soy más soldado, y esto me ha producido tal alegría que estoy como tonto.

— ¿Qué dices? ¿estás loco?

— No, señora; aquí están los ocho mil reales para el sustituto.

— ¡Ay! Virgen mía!... ¡que milagro tan grande! exclamó la pobre mujer, tomando la bolsa y besándola y abrazando á su hijo con los más vivos transportes de júbilo.

Luego salió corriendo á la escalera para contarselo á todo el mundo; pero sus arrebatos se colmaron ante la gritería de infinidad de personas que acababan de presenciar una riña entre dos mozos y llevaban á uno gravemente herido.

Era el hijo de los pobres ancianos, el hermano mayor de Blas que acababa su vida en medio de los desórdenes y disputas de su conducta desenfrenada. Con su inverne libró á Blas de la suerte de soldado, quedando los ocho mil reales en poder de la honrada familia; que se propuso devolverlos á su dueño en la primera ocasión.

En efecto, el banquero recibió una carta de Blas en que ponía á su disposición aquella cantidad por no serle ya necesaria, á lo que contestó diciendo:

— Si hoy labras la tierra como jornalero, compra con estos fondos fincas y lábralas como propietario; yo te los presto por tiempo indefinido: ¿quién sabe si algún día tendrás que devolvérme los creces?

El pueblo de Blas era miserable de escasa riqueza; pero con un vasto territorio, cuyo valor era muy escaso, por lo cual pudo el honrado jornalero adquirir muchos terrenos con aquella modesta suma; que fué origen de una gran fortuna, porque al cabo de algunos años Blas á fuerza de trabajo y economía, había logrado multiplicar el capital considerablemente. Despues con los adelantos del siglo, la aldea se vió atravesada por el ferrocarril y las fincas que comprara por ocho mil reales, le valieron ocho mil duros, con los cuales adquirió una gran posesión y una fábrica de harinas, consiguiendo en catorce ó quince años hacerse el propietario más rico de aquellos contornos.

Siguió siendo siempre hombre honrado y laborioso, no consintió en casarse ni abandonó á sus padres hasta que murieron; entonces dió su mano á una joven del pueblo, y se consagró por completo á cuidar de la fortuna de sus hijos.

En el pueblo no le llamaban ya Blas el jornalero, sino don Blas el propietario, siendo querido y respetado de todos por la piedad y por la nobleza de su corazón. Jamás llegaba un pobre á su puerta sin que fuese socorrido, y en memoria del origen de su fortuna libraba cada año á un quinto de la suerte de soldado.

Nunca había salido de la Mancha; pero cuando el ferrocarril estuvo concluido, fué á Madrid con el único objeto de buscar á su bienhechor; pero fueron inútiles sus tentativas, porque nadie supo darle razón de su paradero: únicamente pudo averiguar que habiendo perdido toda su fortuna se declaró en quiebra y tuvo que abandonar á España por librarse de los acreedores á quienes no podía satisfacer. Esto hacía ya muchos años.

A pesadumbre con estas noticias, volvió Blas á la Mancha, sintiendo desde aquel dia honda tristeza por la suerte de su generoso protector.

Continuó en sus tareas, consiguiendo á fuerza de tiempo desechar su melancolia, si bien no dejaba de consagrarse con alguna frecuencia un tierno recuerdo al noble desconocido que se veía en la miseria, sin pensar que en aquel rincón de la Mancha tenía una fortuna á su disposición.

Como si Dios hubiera bendecido al honrado Blas, sus bienes se multiplicaban de una manera prodigiosa, sus campos eran siempre los mejores y las industrias que emprendía por favorecer á las gentes del país las más provechosas.

Inmediato á la estación del ferrocarril tenía montada una magnífica fábrica de harinas, y contigua á ella la gran casa que habitaba con su familia.

Era un dia de invierno, lluvioso y sumamente frío; anocheció y al retirarse á su casa el buen propietario mandó encender todas las chimeneas y preparar una abundante cena para los infelices trabajadores y empleados del ferrocarril que á causa del temporal de continuas lluvias que atravesaban se veían sin trabajo y sin pan.

Serían las nueve de la noche cuando sintieron cercano el agudo silvido que anunciable la proximidad del tren. Poco despues un ruido espantoso y un grito unánime salió á un tiempo de millares de bocas, indicando un acontecimiento desgraciado.

— ¡El puente se ha hundido y ha descarrilado el tren!... Corramos en su amparo, gritó don Blas, saliendo acelerado de su despacho y dirigiéndose al sitio de la catástrofe.

En efecto, un lastimoso cuadro se ofreció á su ojos.

Los coches estaban destrozados y los viajeros, unos muertos y los otros heridos ó contusos, se hallaban en espantosa confusión arrojados por el camino. La lluvia, que caía á torrentes y la oscuridad de la noche, hacían más imponente la triste escena.

— ¡Luces, pronto!... ¡Vengan faroles!... gritó don Blas lanzándose el primero á socorrer á los infelices víctimas de tan espantosa catástrofe.

Su actividad crecía á medida que los infelices iban siendo socorridos. Hallábase en todas partes dando órdenes y atendiendo á todo de una manera prodigiosa. Parecía increíble tanta serenidad, tanta intrepidez y tanto amor al prójimo, reunidas en un solo hombre.

A su ejemplo le ayudaban, haciendo también prodigios de valor, su mujer, sus hijas, sus criados, sus operarios y los vecinos del pueblo que acudieron al llamamiento, secundando maravillosamente al generoso don Blas que convirtió su casa en un hospital, auxiliado con la mayor eficacia. Entre los heridos se hallaba un pobre anciano que llevó un fuerte golpe en la cabeza, de cuyos resultados perdió el sentido, pasándose muchas horas sin que le pudiese recobrar. Don Blas, atracto hacia él por un secreto impulso, estaba de rodillas al pie del lecho, procurándole cuantos remedios le sugirió su ardiente celo y consiguiendo al fin que abriese los ojos.

— ¿Cómo se encuentra Vd.? le preguntó con tierna solicitud.

— ¡Ah! tengo un dolor horrible de cabeza. ¿Pero dónde estoy?.... ¿Qué me ha sucedido? contestó el anciano con dulce y sonoro acento.

Era tan simpática aquella voz; tenía un timbre tan argentino, que conmovió profundamente al caritativo Blas, recordándole el eco parecido de una voz que después de veinte años resonaba todavía en su corazón.

— ¡Oh! esta voz, estas facciones... yo creo reconocerlas!... decía para sus adentros Blas.

El anciano volvió á poco á quedarse aletargado, apoderándose de él una fuerte calentura que puso en gran peligro su vida.

Quince días permaneció sin conocimiento, recibiendo de Blas durante ese tiempo los más exquisitos cuidados y las atenciones más cariñosas.

Una idea fija, un presentimiento del corazón le decía que aquel anciano, al parecer tan pobre y miserable, era su protector, el rico banquero que veinte años antes le dió, sin conocerlo y sin preguntarle siquiera su nombre, ocho mil reales para librarse de la suerte de soldado.

Ardía en deseos de verle bueno para calmar su afán. Por fortuna no tardó en conseguirlo; el médico declaró un dia que estaba fuera de peligro, viéndole completamente en su acuerdo y que empezaba á preguntar sobre las circunstancias que le habían conducido á una casa donde era atendido con tanto amor y respeto.

— ¡Vaya! ;Vaya!... Señor info, le dijo Blas en tono festivo: ya pasó la calentura y los delirios y vamos entrando en razón.

— Gracias á la bondad de Vd., que no sé como pagarle tantos beneficios, contestó el enfermo, estrechando fuertemente la mano de Blas.

— Quién sabe si seré yo el deudor, contestó este, cada vez más seguro de que hablaba con el arruinado banquero.

— ¡Vd. deudor? No sé por qué.

— ¡Bah! es preciso descubrir la incógnita: ¿Vd. se llama don R. López? dijo Blas alegremente, pretendiendo abrazar al anciano; pero éste sumamente asustado, exclamó con tono de espanto:

— ¡Por piedad!... caballero no vuelva Vd. á pronunciar ese nombre; que nadie me descubra porque estoy arruinado.

— Pero en efecto ¿es Vd. el banquero Lopez? No temo nada de mí; no soy uno de sus acreedores, soy su amigo, más bien su administrador, que ha hecho producir ocho millones de reales á los ocho mil que me dió en préstamo indefinido y que hoy devolveré con creces.

— ¿Qué dice Vd.? exclamó el anciano incorporándose y mirándole sin comprender lo que le decía, porque ni remontantemente recordaba el acontecimiento que había hecho la fortuna de Blas.

— Que, ¿no me conoce Vd. yo soy Blas, el jornalero á quien entregó Vd. ocho mil reales hace veinte años para librarse de la suerte de soldado.

— Hijo, no tengo de ello la menor idea; ha sido mucho el bien que hace en la época de mi prosperidad; pero como los beneficios suelen sembrarse por lo general en

# EL AMIGO DEL OBRERO

—& Órgano de los Círculos Católicos de Obreros &—

## Homenaje a Cristo Redentor y a su Augusto Vicario en las postimerías del Siglo XIX

### PRECIOS DE SUSCRICIÓN

En la Capital (por mes) : : : : : \$ 0.20  
En campaña (semestres adelantados) : : : : : \$ 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

### REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENQUAS

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACIÓN  
CALLE MINAS NUM. 240

### PUNTOS DE SUSCRICIÓN

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confitería de la Catedral, Ituzaingó 173.  
Rogamos a nuestros suscriptores se sirvan dirigir las quejas a dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

### El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 1.º de ABRIL DE 1900

### Recuerdos de la guerra

#### LA MUERTE DE TEOFILO GIL

En el aniversario de una lucha sangrienta, publicamos el siguiente artículo que vio la luz el día que desembocaron en Montevideo los restos del doctor Gil.

EL AMIGO DEL OBRERO entraña a la meditación de sus lectores esas escenas de la guerra civil.

Lo recordaré mientras viva!

La revolución iniciada bajo tan nobles auspicios, con tan patriótica y regeneradora misión, terminaba allí, casi indefensa, fusilada á mansalva por rotugardas y por ambos flancos.

Envuelta por una lluvia de balas, se batía serena y resignada, en una retirada memorable, por el cruento sacrificio que así se realizaba.

No se les podía exigir á aquellos soldados, agobiados por la fatiga, extenuados por las privaciones, otra cosa que la vida, y se estaban derrochando á manos llenas.

Los que el día antes, animados por el más santo entusiasmo, avanzaban resueltos y bravos, recibiendo de frente el bautismo de sangre, en combate campal, se retiraban ahora con el arma al brazo.

Las banderas de la patria se encontraban al centro de aquella columna, que parecía querer abrigarlas de todo vejámen, escondiéndolas cada soldado con su propio corazón.

El sacrificio se consumaba, porque nuestros batallones obedecían la orden superior, pero lo obedecían, palpitando el corazón de indómito coraje y animado el espíritu con la esperanza de que aun se les concedería, por los menos, el sublime consuelo de caer defendiendo aquella hermosa bandera, de nuestros íntimos afectos.

Aun se acariciaba con fruición el arma vendadora; aun la mirada al recorrer las filas compactas, podía reconocer con orgullo que estaba aseguillada, pero no domada, la pequeña cohorte.

Santos momentos de ilimitada abnegación, dedicados exclusivamente á la patria!

Estrechad las filas! ordenaban los generales, estrechad las filas! y siga la marcha! ordenaban los Jefes subalternos.

Y el ejército dispuesto al sacrificio, cumplía con rapidez las órdenes y se agrupaba, como para presentar un blanco más compacto al enemigo, mientras consultaba con la mirada á sus Oficiales, Jefes y Generales, que, á paso lento, marchaban como agobiados por la enorme responsabilidad de aquél desastre.

Nada dejaba seguramente en el espíritu huella más honda, que una derrota!

Las fatigas y el hambre, la sed y la marcha y el desaliento que agotan las fuerzas hasta la desesperación, no pueden ser comparados con esa horrible idea que asalta el ánimo esforzado ó débil, cuando frente á la realidad, sin atreverse á comunicárselo al amigo vecino, piensa el soldado: vamos en derrota!

Por mi parte, ni aun pretendía describirla; solo quería al trazar estas líneas, dar cuenta de mis impresiones con motivo de la muerte del malogrado soldado-ciudadano que viene hoy á descansar entre los suyos, desde los campos de batalla que regó con su sangre.

No voy á recordar todos los episodios de aquella revolución tan digna de mejor suerte y solo deseo narrar á la lijora algunas escenas de ella.

Formábamos en el mismo batallón y juntos compartímos más de una vez, los ensueños alegrías y los augurios tristes en las pesadas marchas y en las veladas del campamento, desde Buenos Aires hasta el Quesbrado.

He sido testigo de su constancia en el trabajo, y de su abnegación, en todos aquellos días, que comenzaron por los ejercicios militares en la costa del imponente Paraná, cuando marcábamos el paso, evolucionando en un sencillo sistema de guerrilla, por entre los espaldaderos y los ceibos, llevando al brazo, en vez del arma que aun no se nos había entregado para defender la Patria distante, una rama seca ó una caña hueca.

No le oí nunca quejarse de la fatiga; jamás en aquellos días caliginosos, en que el sol caía aplomado sobre nosotros, en medio á la llanura sin fin, en que atravesábamos esteros cuya agua nausabunda trastornaba el cerebro; en que tropezábamos á cada paso con un tembladeral y los atravesábamos dejando los caballos enterrados en los interminables juncales, jamás le vi preocupado de otra cosa que, de cumplir sin ostentación y sin amarguras, lo que era entonces nuestro penoso deber.

El Parnasito, Ibicuy Chico y sus grandes esteros, la isla del Toro, Nancay y los montes de algarrobos y nandubays de Alarcón, todos lo han visto pasar imperturbable, y ansioso al mismo tiempo, de alcanzar el final de la jornada.

Desde San José, el palacio de Urquiza, hasta Lluquerí, después en Chajari, más tarde en Moret, y por fin, en el campamento general, en el Naraujito, él siguió á la par de todos la labor del soldado.

Días antes de pasar se le designó como Capitán de la primera compañía del Batallón tercero de Infantería, que comandaba el valiente coronel Amilia.

Cuando llegó el momento tan ansiado de entrar á la patria en son de guerra, fuimos embarcados en una chata de hierro, en reparación, sin timón, sin máquina, llamada *El Comercio*; y cuando con precipitación inexplicable, el vapor que nos remolcaba, á la vista de la General Suárez, cañonera de guerra del gobierno de Santos, nos abandonó á nuestra suerte en la mitad del río, fuí testigo y me creo en el deber deconstatar, sus impaciencias generosas por entrar en peligro.

Fué aquél un momento, solo un instante de expectativa, que dominó nuestro jefe transformándolo en frenético entusiasmo. En aquellos momentos el Coronel subió sobre la proa de la chata sin gobierno y cuando el primer cañonazo del enemigo saludó nuestra llegada, Teofilo Gil subió también á la parte más alta de la cubierta, siendo imitado su ejemplo por muchos compañeros; encargándose entonces la orden de hacerlo desceder porque aquél acto constituyó una provocación temeraria, dadas las circunstancias, pero inútil.

Esa noche el ejército revolucionario, derramó por primera vez su sangre en las riberas paraguayas.

Dos días después, el 30 de Marzo, la revolución fué iniciada en el secreto de la victoria hermosa, pero desgraciadamente sin resultado. Nuestro batallón estaba esa dia de reserva y la ansiedad había hecho desaparecer hasta el recuerdo de los interminables días de marcha, de las eternas noches de cansancio, porque al ibamos á pelear!

Como el fuego del enemigo sufrido á pie firme podía causar algunas bajas, se ordenó ocultarse.

El doctor Gil, se creyó obligado en su calidad de Capitán á permanecer do pié entre aquella lluvia de balas y entre aquel concierto raro y solemne de silbidos, que unas veces aullaban amenazas de muerte en nuestros oídos, mientras otras balas pasaban provocando exponénticas hilaridad y alegres comentarios de recluta, y las descargas de fusilería quedaron dominados por ese conjunto ensordecedor e incomparable del fragor de la batalla.

Ahora en cambio, todo había desaparecido y el oido acostumbrado á aquél huracán de muerte, casi creería que lo rodeaba el silencio.

En ese momento, los hermanos del caído, pidieron un caballo, que pronto se consignó, y sobre él, se colocó tertiado á Gil.

Tanto sacrificio, tantos ideales como albergaba aquel espíritu levantado y preparado para las luchas de la patria, habían terminado de aquél modo!

Aquellos ensueños ó impaciencias generosas, no volverían á animar á aquel cuerpo, que estaba allí, con esa lividez peculiar de la muerte.

Aquellas energías de su corazón de patriota, ya no existían.

Por más que se quisiera resistir á la realidad, allí estaba.

Allí estaba con la laxitud de la muerte y la fisionomía desfigurada, el que un momento antes engañaba la sed devoradora, con el agrio fruto de las palmas, que á intervalos nos prestaban su sombra.

Describir aquel momento sería imposible.

En esa actitud, rodeado y sostenido aquel cuerpo, que resbalaba sin vida, á cada paso del caballo, por el imponente cortejo de sus hermanos y al flanco derecho de la columna, siguió algún tiempo.

Nadie pudo disimular la profunda angustia que invadió todos los corazones.

El mismo Jefe del Batallón, bravo entre los bravos, pero de corazón abierto á todos los grandes afectos y que tenía especial cariño por Gil, se encargó suplicar á sus hermanos que llevaban aquella carga tan querida, le cubrieran el rostro con un pañuelo, para no presenciar aquel espectáculo.

Así murió Teofilo Gil en quien sus conciudadanos fundaban esperanzas, no solo por su talento e ilustración, sino especialmente, por las prendas de carácter que lo adornaban, en épocas de triste abatimiento.

No volví á ver á Teofilo hasta la noche aquella noche triste que la luna iluminaba, para hacer resaltar más sus hondas impresiones.

Marchamos hasta cierta altura, conduciendo en carreta nuestros heridos y sintiendo á cada instante el gemido de dolor de aquellos pobres compañeros.

Noche triste, como para poner á prueba el ánimo mejor templado.

Cuando se creyó conveniente, fueron recomendados á algunos vecinos, y los hermanos Gil, que habían ido custodiando el carro en que iba su hermano herido, volvieron á incorporarse al ejército.

Aquellos corazones habían apurado una de las mayores amarguras y volvían todos ellos serenos, pero transfigurados por el dolor.

En uno de los descansos que á intervalos se nos concedían, Teofilo Gil me manifestó su deseo de separarse de sus hermanos.

Creí y en mí sentir con razón, que para el soldado el afecto es un estorbo en el dia de pelear; y ya con el ejemplo recibido, hacia el propósito de diseminarse él y los suyos en diversos Batallones para poder al menos caer en la refriega sin agravar la situación de los hermanos.

Aquella noche interminable junto al hermano herido, había dejado en su espíritu clara impresión indefinible d' tristeza, que casi se confundió á intervalos, con extraños presentimientos.

Quán cerca estaban estos de la realidad!

Eso dia, 31 de Marzo, la revolución se batió en retirada con ejemplar resignación.

Marchábamos encerrados en un largo callejón, devorados por la sed, muertos de cansancio, exhaustos las fuerzas por una vigilia de varios días, pero guardando en lo posible la formación.

Al frente de la primera compañía del 3er. Batallón de Infantería iba, como siempre, el Dr. Teofilo Gil con una carabina remington al hombro—su boina azul y su traje de paño burdo.

Las balas ya habían diezmado la columna, pero aun esperábamos.

Evoco mis recuerdos y creo deber decir con enterá verdad, que al mirar á los compañeros, solo encontré en todos los rostros el valor, ese valor probado y proverbial en nuestra sobria raza, que resiste á la derrota y que habla de imponerse más tarde al mismo enemigo.

Lo recordaré mientras viva!

Entre los ayes de los heridos y las exclamaciones de los compañeros, sentí, de pronto, junto á las patas de mi caballo, el latigazo de un bala certera.

Volví instintivamente la cara, en momentos en que vacilaba la primera fila del Batallón.

A su frente, tendido boca abajo, con el arma recién abandonada al lado, había caído para no levantarse más aquel soldado ciudadano, tan distinguido en su generación.

Todos se inclinaron para levantar al caído, pero los primeros, sus hermanos.

Cuando la pelea había comenzado, cada tiro fué resonaba en la londona, circundada de grandes palmas, como el estampido de un cañonazo; después, el fuego granaelo y las descargas de fusilería quedaron dominados por ese conjunto ensordecedor e incomparable del fragor de la batalla.

Ahora en cambio, todo había desaparecido y el oido acostumbrado á aquél huracán de muerte, casi creería que lo rodeaba el silencio.

En ese momento, los hermanos del caído, pidieron un caballo, que pronto se consignó, y sobre él, se colocó tertiado á Gil.

Tanto sacrificio, tantos ideales como albergaba aquel espíritu levantado y preparado para las luchas de la patria, habían terminado de aquél modo!

Aquellos ensueños ó impaciencias generosas, no volverían á animar á aquel cuerpo, que estaba allí, con esa lividez peculiar de la muerte.

Aquellas energías de su corazón de patriota, ya no existían.

Por más que se quisiera resistir á la realidad, allí estaba.

Allí estaba con la laxitud de la muerte y la fisionomía desfigurada, el que un momento antes engañaba la sed devoradora, con el agrio fruto de las palmas, que á intervalos nos prestaban su sombra.

Describir aquel momento sería imposible.

En esa actitud, rodeado y sostenido aquel cuerpo, que resbalaba sin vida, á cada paso del caballo, por el imponente cortejo de sus hermanos y al flanco derecho de la columna, siguió algún tiempo.

Nadie pudo disimular la profunda angustia que invadió todos los corazones.

El mismo Jefe del Batallón, bravo entre los bravos, pero de corazón abierto á todos los grandes afectos y que tenía especial cariño por Gil, se encargó suplicar á sus hermanos que llevaban aquella carga tan querida, le cubrieran el rostro con un pañuelo, para no presenciar aquel espectáculo.

A qué continuar....

Así murió Teofilo Gil en quien sus conciudadanos fundaban esperanzas, no solo por su talento e ilustración, sino especialmente, por las prendas de carácter que lo adornaban, en épocas de triste abatimiento.

.....

Poco después, aquel grupo desolador, se sudó alejando en dirección á la cabeza de la columna.

.....

Y ésta, seguía su marcha lenta, sembrando de heridos y muertos el campo y dejando en los anales de nuestra historia un recuerdo alegreñador en el que reconocerán los que vengan

después, que fué puro el móvil que la llevó á la lucha y que supo hacer un culto, hasta el sacrificio, del amor á la patria.

31 de Marzo d.e 1889.

Hipólito Gallinal.

### VARIEDADES

#### El paraguas

Ho aquí como narra un periódico suizo la aparición del primer paraguas en ese país, al comienzo del año 1760.

Un lavadero de Heris, llamado Tauner, recibió un maravilloso regalo de un amigo establecido en París. Consistía en una gigantesca máquina provista de un mecanismo que lo llenaba de admiración, pues nunca se había visto en Suiza un aparato tan ingenioso.

Los domingos en que llovía, un criado de Tauner, cuidadosamente acicalado, estaba encargado de salir



**"LA ACUMULATIVA"**

Sociedad Anónima Mutua de Ahorros

AUTORIZADA POR DECRETO DEL SUPERIOR GOBIERNO DE FECHA 15 DE JUNIO DE 1899

**CAPITAL: PESOS 1.000.000 MONEDA NACIONAL**

Maipú 200, esquina Cangallo - Buenos Aires.

Dirección Telegráfica CUMULAIRES

**DIRECTORIO****Presidente**CARLOS MARÍA HUERGO,  
Presidente de la Bolsa de Comercio 1897-1898**Vice-Presidente**JOSE ETCHEVERRY,  
Presidente de la Bolsa de Cereales**Directores**JUAN SALABERRY,  
de la firma Salaberry, Lalor y Bercecho**Suplentes**RAFAEL PONS,  
Gerente de la Bolsa de Comercio**Abogado de la Compañía**Dr. EMILIO GOUCHON,  
Diputado Nacional**Gerente**

EDUARDO MACIAS

JOSE B. CASAS,  
de la firma Bonorino y Casas  
Pto. de la Asociación Española de S. M.JUAN FACUNDO DURAN,  
de la Comisión del Círculo Central de Obreros**Síndico**RAFAEL PONS,  
Gerente de la Bolsa de Comercio**Referencias en Montevideo**

E. BYRNE,

de la casa Richard Huxham y C.º

PEDRO FERRÉS,

OSCAR FISHER,

de la casa Arning, Brauss y C.º

Emite Títulos de Acumulación de valor de pesos 500 m/n cada uno

COBRA PESOS 5 m/n POR EL Y UN PESO MENSUALMENTE, HASTA LA SUMA DE PESOS 300 m/n EN CUYA EPOCA PAGA LOS PESOS 500 m/n DEL TITULO

SE COBRA EN MONTEVIDEO \$ 2 ORO POR EL TITULO Y 40 CENTÉSIMOS MENSUALES

Además se practicará un sorteo mensual en Buenos ante Escrivano Público y personas que quieran presenciarlo. Los TITULOS cuyos números resulten sorteados se pagan á su presentación por su valor escrito de pesos 600 m/n, aun cuando hayan sido vendidos pocos días antes del sorteo.

Por prospectos, informes, etc., ocurrir á la Agencia de la Sociedad:

ITUZAINGO 145, (altos)

Alfredo de La Fuente,  
AGENTE.

NOTA—El pago de las mensualidades debe verificarse del 1.º al 10 de cada mes.

Jardín del Siglo  
DE MIGUEL DESALVO y CIA.  
CALLE AGRACIADA NÚMERO 181Quinta de multiplicación en Maroñas.  
Se venden plantas de todas clases y se hace todo trabajo en flores.

TELÉFONO LA COOPERATIVA 1107

MONTEVIDEO

Bragueros sistema Carlos Belrens  
FÁBRICA ESPECIAL DE APARATOS ORTOPÉDICOS, CALLE  
COLONIA N.º 30

Bragueros sin elástico de metal, son más seguros, no incomodan la cintura ni acostado ni montando á caballo y así hay posibilidad de curar las hernias; privilegiados en las repúblicas Oriental y Argentina. Los bragueros se pueden aplicar á criaturas de unos días de edad sin mortificar al cuerpo y curar con seguridad las hernias.

Corses ortopédicos para curar las deformaciones de la espina dorsal, muy superiores á los corsés de yeso.

Fajas con sus aparatos para las quebraduras del ombligo, ídem para dolores espinales, ídem para adelgazar y enfermedades del vientre.

Aparatos para niños móvil ó fijo y para diversas enfermedades del estómago.

Itiespalderos para corregir la mala costumbre de llevar la cabeza baja.

Piernas y brazos artificiales. Pídase prospectos que se remite gratis. Todos los aparatos son garantidos por su eficacia.—Carlos Belrens, ortopédico.

**Macció y Canale**  
IMPORTADORES  
CALLE 25 DE AGOSTO NÚMERO 88

Esquina Bolívar 10

Especialidad en té finos importados directamente de la China y de Ceylon.

En cajas originales Lapsang Souchong Panyang-congou, Fakling, Longou, Souchon aromático, Ceylon Pekoc, Ceylon extra puntas blancas.

TÉS IMPORTADORES

Té Imperial en latitas marca Estrella.

" Souchong " " "

Kerosene blanco 150. " Niño

Velas para familia.. " Niño

Vino tinto italiano.. " Escudo de Vencía

Vino Barbera..... " Talismán

Vino Champagne de Montigny et C.º Reims

MONTEVIDEO

**Barraca de Esteban J. Cánepa**

129 Calle Piedad 129—Entre Colonia y Mercedes

Carbon de piedra para cocina, de Cardiff, de Luz para estufa

Y DE FRAGUA, COKE Y CARBONILLA

Por mayor menor. Maíz, afrecho, afrechillo, alfalfa y toda clase de pasto en fardos. Sal de Cádiz. Carbón de leña y leña de todas clases. Se lleva á domicilio. Teléfono de Montevideo núm. 2093.

MONTEVIDEO

**Librería y papelería popular de Juan Frerotti**

Sortido completo en artículos de librería y papelería y especial en artículos religiosos. Sobres de carta y oficio, cajas de papel de color y tarjetas de felicitación. Devocionarios finos y ordinarios, cruces nickeladas, medallas, estampas, rosarios, escapularios y velas de cera y estearinas para iglesias y uso de familias.

619—CALLE 18 DE JULIO—519

MONTEVIDEO

**Al Jockey Club**  
PELUQUERIA DE F. BENINCASA

ESPECIALIDAD EN ARTÍCULOS

DE TOILET PARA SEÑORAS

Y TRABAJOS EN CABELLOS

Se peina á domicilio

319 CALLE 25 DE MAYO NÚM. 319

**ANTIGUA FERRETERIA Y PINTURERIA**

— DE —

Anibal Belleni

261 — CALLE AGRACIADA — 261

Al lado de la Iglesia de la Inmaculada

Se colocan vidrios á domicilio. Se hacen marcos para cuadros, alambre para cerco, tierra romana, portland y baldosas.

Precios modicos.

MONTEVIDEO

**AU CONFORMATEUR UNIVERSEL****SOMBRIERIA**

— DE —

**\* Luis Caviglia \***

Fabricación especial en sombreros para el Clero

**ROPA BLANCA**

Y OTROS ARTÍCULOS PARA HOMBRE

88 — RINCON — 88

MONTEVIDEO

**PANADERIA DEL PUERTO**  
á vapor

DE RAMON IGLESIAS

CALLE PIEDRAS 85 AL 45

FRENTE AL MERCADO DEL PUERTO

Especialidad en pan de todas clases, de mañana y de tarde; depósito de harinas de las mejores marcas de Buenos Aires y del país, así como fiestos por mayor y menor, depósito de galleta de campaña y marina. Se recomienda por su especialidad la galleta marina para las familias, recomendada por los doctores para los enfermos por ser sin competencia en su clase.

Se atiende cualquier pedido del ramo con prontitud y esmero.

Nota—No se admite pan devuelto ni á casas de comercio ni á particulares para evitar á mi clientela enfermedades contagiosas, que de ese modo algunas panaderías llevan á domicilio

**ANTIGUA COLCHONERIA ITALIANA****Pellegrini Figoli**

Especialidad en lanas, colchones, elásticos, catres y todo lo concerniente al ramo.

**PRECIOS MODICOS**

SE TRABAJA Á DOMICILIO

Calle Reconquista 51

**Montevideo****Carpinteria**

DE OBRAS Y MUEBLES

ANDRES ODDONE

815 — CALLE PIEDRAS — 815

Se hacen, se componen y se lustran muebles

á precios modicos.

Se encarga de cualquier trabajo de escultura

y figura en madera.

Se va á domicilio.

Montevideo

**Fábrica á vapor de velas de cera y estearinas extranjeras****Viuda de Cacciatori**

Calle Rio Negro núm. 52-Montevideo

**Casa fundada en el año 1873 La más antigua y acreditada**

Ofrece á su numerosa clientela, velas estearinas extranjeras de 950 gramos, 700, 600, 500, 450, 400, 240, 180 y 100 gramos c/u.

Hachones de estearina de 5, 8 1/2 y 1 1/2 kilogramo c/u.

**Velas estearinas para familias y carrozajes**

Velas de cera refinadas puras garantidas

Idem idem idem Extra.

Idem idem idem Comunes.

Idem idem idem Bordadas.

Garantizando la combustión y que dura más prendida, siendo la vela más elegante y más barata, pues la casa se dedica exclusivamente á la fabricación de velas, siendo la mejor en su género. Envíese especial gratis.

**Granja San José****Estación Progreso**

(DEPARTAMENTO DE CANELONES)

**Vinos blancos y tintos****Garantidos puros**

Teléfono La Cooperativa.—En Montevideo núm. 703 y en Progreso 4502.

Para precios, muestras y pedidos, dirigirse á la

Calle 25 de Mayo 296

MONTEVIDEO

**BAZAR DRUILLET**

de Carlos E. Druillet

CALLE 25 DE MAYO Número 279

Casullas damasco con todos sus accesorios completos, desde \$ 7.00, 8.50 y 10.00 en adelante; Candelabros bronce dorado, con flores de bronce y azancas blancas para 3 luces desde \$ 2.50 c/u en adelante; Candelabros id forma media luna, para 7 luces, \$ 4.00 id id; Candeleros dorados y plateados para altar, altura 0.30, desde \$ 2.00 el par; Campanillas de bronce dorado para la misa á 0.60 c/u; Campanillas id id con 3 ó 4 campanillas, desde ps 2.00 el juego; Sacras con vidrio y marco dorado, el juego de 3 piezas, ps 2.50; Sacras id id bronce dorado, id ps 5, 7 y 10 en adelante; Incensarios con naveta, bronce plateado, ps 5.50 las dos piezas; Copones plateados, con el interior de la copa dorado fino, desde ps 6 en adelante; Calderillos con hisopos todo bronce plateado, 4.50 las dos piezas; Vinajeras con asas, platillos y tapones cristal, ps 1 c/u; Atriles finos labrados madera nogal, ps 2.50; Palmas de hojas doradas y flores de color, alto 0.90 á 1.30 c/u; Veladoras con pie todo cristal panzón, para altar 0.60 c/u; Veladoras montura y pie de bronce dorado, desde 1.50 c/u; Bonetes merino, clase superior, para sacerdote, de tres puntas, ps 0.90, de 4 puntas ps 2; Puntillas doradas, plateadas ó con flores de celor, media vara de ancho, desde 1.50 el metro, en adelante; Cálices plateados formato grande copa y patena plata garantida, ps 10 á 18 c/u; Cálices id id para misión id id 15 la grasa; Rosarios de madera para señoras, cadena de acero trenzado, 1.00 la grasa; Escapularios dobles, de varias advocaciones, ps 1.50 id id; Medallas de metal dorado y plateado de varias advocaciones, el ciento, ps 0.20; Catolicismos Astete, tapas cromo de colores y con 8 grabados interiores, 0.02 c/u. Pidánselo los catálogos ilustrados de la casa, los que se envían gratis á quien los solicite; Candelabros dorados con el nombre de Jesús á 3 luces c/u, altura 0.85, á 2.00 c/u; Velas de estearina extranjera, siempre tengo un gran surtido de velas clase extra superior de todos pesos y medidas á 1.00 pesos los 10 kil.; Velas de cera refinada clase extra superior de todos pesos y medidas á 1.00 peso el kil.; Embalaje especial para campaña. Vino para misa en barrilitos ó en botellas, clase garantida y de toda confianza, pura uva, á 8.00 pesos la docena de botellas.

MONTEVIDEO

**Fábrica á vapor de velas de cera****Y DE ESTEARINA EXTRANJERA**

de F. Welker y A. Aguirre

CALLE CUÑAPIRÚ 181

Participamos al clero, comunidades religiosas, empresas de pompas y cajonerías fúnebres y al público en general que habiendo comprado al señor Druillet la fábrica de velas, hemos agregado nuevas y perfeccionadas máquinas para hacer velas, que el mismo señor Druillet había comprado en su reciente viaje á Europa. Además prevenimos á nuestros